

parece la única salida del caos actual y que en todas sus formas no puede ser otra cosa que el fin de toda civilización humana, hay que erigir decididamente ante la humanidad explotada la idea del *hombre totalitario* que en todos los sentidos de esta idea se libra una vez para siempre del yugo de la autoridad, empezando a reconstruir la sociedad humana por debajo, por medio de la estructuración libre de nuevas formas de trabajo y de la distribución de las riquezas producidas, prescindiendo enérgicamente y sin vacilar un momento más de todos los que le prometen la felicidad a cambio de la entrega del poder político a cualquier jefe o partido, llámese como quiera. Mientras no se saque esta consecuencia del fracaso marxista en Alemania, los dolorosos acontecimientos en la Europa central no servirán para nada y el pueblo alemán continuará en su martirio bajo el signo de la swástica o el de otra organización dictatorial y de otro Estado totalitario y antihumano que puedan suceder al régimen actual.

H. R.

Nota. — Vale la pena mencionar que ya antes de

Reich hubo una tendencia marxista la que quería sintetizar la moderna psicología con los resultados de Marx: a saber la obra pedagógica de Otto Rühle el cual, procedente de la socialdemocracia alemana, pasando por el movimiento de «Spartakus» habla llegado a volverse antiautoritario. Rühle, cuya obra *El alma del niño proletario* existe también en traducción española, ha tenido mucha influencia en los medios de nuestro movimiento alemán, pero aquí está precisamente lo que distingue sus actividades de las de Reich: mientras Rühle ha quedado restringido, en sus efectos, al movimiento antiautoritario, Reich sale directamente de las filas comunistas donde viene suscitando una viva discusión sobre sus ideas. — H. R.

Rectificación. — En la segunda columna de la página 1064, donde este artículo habla de «una economía dirigida estatalmente», hay una errata, por lo cual ponemos aquí la frase como debe ser leída: «...una economía dirigida estatalmente, cuyos rasgos hoy ya se conocen claramente en unos de los más importantes países capitalistas del mundo, sea que en ellos se gobierne, demagógicamente, en el nombre del proletariado, sea, abiertamente, contra él mismo. Y Sternberg confiesa, que esta concentración...», etc.

PEDAGÓGICAS

II

«Escuela Moderna»



IRRADIÓ por el mundo la fecunda y humanista labor de Pestalozzi llevando por doquier destellos de luz y sentimiento. Y no solamente fueron sus libros los que dieron a conocer y propagaron su nueva escuela: hombres preclaros y maestros inquietos e interesados fueron a visitar y estudiar su escuela de la igualdad y del amor. Pero quien mayormente impulsó y extendió los principios de Pestalozzi fué Federico Fröbel, su discípulo, que instituyó en 1839, en Blankemburgo— Turingia —, el primer «Jardín de la Infancia», en el cual trataba de utilizar los juegos de los niños como preparación para el trabajo. En Prusia, en el año 1851, durante la época de la reacción, los «Jardines de la Infancia» fueron prohibidos durante algún tiempo como ateos y peligrosos contra la seguridad del Estado. He aquí al monstruo estatal en su papel de guardador del obscurantismo: aplastar de un manotazo el primer intento de escuela popular racionalmente educadora. Mas la «Escuela-jardín» de Fröbel se extendió por otros países, y sus trabajos manuales, sus juegos y «jardines» serán siempre la base de todo centro educativo.

Fichte fué quien con más entusiasmo defendió los principios de Pestalozzi y los «jardines» de Fröbel, logrando con su talento y perseverancia imponer de nuevo en Alemania el método prohibido.

La escuela activa estaba ya creada y óptimos eran los resultados de su funcionamiento. Consciente de su valor, habíase colocado en la infinita ruta del ensayo y el perfeccionamiento, y ya nada podría detenerle.

Otto W. Veyer introduce en la nueva modalidad educativa la nota más simpática que conocemos: hace un Robinson de cada niño, con el propósito de que paulatinamente vaya el infante, con su pensar y con su hacer, resolviendo todos los problemas que la vida vaya planteándole. Es, a nuestro juicio, de gran interés este modo de encauzar la enseñanza, ya que el niño, aunque a grandes rasgos, hace en su desarrollo una recapitulación de la historia humana.

Entre los principales propagadores de la escuela activa, a fines del siglo pasado, merecen citarse la señora Montessori, que aumentó y reformó considerablemente los juegos para la enseñanza. Mas esta señora ha metodizado y restringido a una forma

demasiado personal la escuela del hacer, resultando por lo tanto su conocido método algo habitualista y sistemático. Y el gran Kerchensteiner, con su visión amplia y multiforme, laboró sin cesar por la consolidación de la escuela integral, en la que músculo y cerebro, hacer y pensar trabajen solidaria y cohesionadamente. Para ello oponía la enseñanza activa, experimental, que agrada y estimula al niño, a la cultura libresca que éste no comprende.

Había terminado el siglo XIX. Ciencias y dignidad humana progresaron notablemente en el decurso de este siglo. La Pedagogía no se quedó a la zaga. Grandes pensadores, trabajadores incansables, habían estudiado y ensayado métodos y planes, con los que se anulaba la enseñanza medieval de rutina y tormento. Pero, ¿qué Estado aceptaba y favorecía la expansión de los nuevos conceptos pedagógicos de respeto y derechos del niño? Ninguno. En general, la escuela seguía y sigue siendo medieval. De donde arrancábase el ídolo religioso, poníase el fetiche de la patria. O el Cristo trocábase en bandera. Así estaba la escuela a fines del siglo. En España era algo peor. Nuestra escuela venía a ser la sucursal del Seminario. Muchas de ellas regentadas por clérigos, pues los maestros tenían que dejar de serlo si querían seguir viviendo — ¡tan espléndidamente eran remunerados! —. Para tener una pintura exacta del movimiento pedagógico español de este tiempo, sólo tenemos que subrayar este dato: maestros de distintos lugares de España se reunían en asambleas para solicitar de los editores se abstuvieran de poner dibujos en los libros de texto, porque los niños distraíanse demasiado.

En esta época de nebulosidad y de inconsciencia, salvo alguna relevante personalidad, como la de F. Giner de los Ríos, creador de la «Institución Libre de Enseñanza», surgió cual faro de nave perdida, un hombre y una escuela: la «Escuela Moderna» y Francisco Ferrer.

Conocía Ferrer el movimiento pedagógico de su tiempo, por haber tratado en sus viajes por el extranjero, insignes pedagogos y visitado escuelas nuevas. Pero no se limitó a llevar a su «Escuela Moderna» métodos vistos y conocimientos aprendidos. Era más amplia su visión y más humanos sus propósitos. Ciertamente que como maestro se interesó siempre por todo lo inherente a la enseñanza. Pero no podía dedicar su atención a la escuela como organismo aislado, como institución al margen de la lucha social. Por eso al lado de la instrucción racional y científica figuraba la educación humana que hacía de los educandos seres sensibles y delicados. Quiso reivindicar la escuela y hacer que respondiera a su nombre etimológico: «Lugar de recreo». Es-

tableció, por primera vez en España, la coeducación. Y no obstante su efímera vida, trágicamente rota por el fanatismo cretino de una religión asesina, fué la «Escuela Moderna» el centro cultural infantil más avanzado y perfecto de su época. Así lo reconocieron pensadores profundos y eminentes pedagogos.

Pero lo que con más relieve nos muestra el genio del Maestro no es solamente que su escuela sea lugar de ensayo y de progreso, y que la educación que en ella se da sea grata y solidaria, sino su intuición del futuro, su visión formidable del devenir pedagógico. Como Bacon en el terreno científico, Ferrer nos vaticina los progresos y descubrimientos que sobrevendrán en el campo de la Pedagogía, cuando se llegue al conocimiento íntegro del niño, por medio de la evolución de las ciencias auxiliares.

Ya en su trabajo activo la «Escuela Moderna» esbozó casi todos los métodos que después han ido surgiendo. Ejemplo de ello son las visitas periódicas a los centros de producción, sus excursiones geográficas y geológicas, la redacción libre que se imprimía en el Boletín de la escuela, en la que exponían los niños con libertad y frescura su mundo de inquietudes y fantasías. De aquí a la revolucionaria «Técnica Freinet» no hay más que un paso. Todo esto, rodeado de un ambiente hostil, en tres años solamente de funcionamiento y con un profesor que no había tenido tiempo de compenetrarse con las ideas del Maestro.

¿Tuvo seguidores la «Escuela Moderna»? En la verdadera acepción de la palabra, no. La llamada escuela «racionalista» parece ser su continuadora; pero en ella no vemos el ensayo incesante, la inquietud renovadora que era nota peculiar en la pedagogía «ferreriana». Por otra parte, hallamos en estas escuelas, desde el pedagogo consciente, que se responsabiliza con su función educadora, hasta el «maestro» carente en absoluto de conocimientos pedagógicos. Nuestra escuela debe conquistar el sitio de avanzada que le corresponde, con arreglo a nuestras ideas.

A fin de que nuestra atención y pensar se interesen por este vasto problema de la enseñanza, van dedicados estos trabajos. En ellos proyectaremos, aunque en forma sintética, lo que en sí es el arte pedagógico y lo que con él podemos conseguir. Hemos de volver a la «Escuela Moderna», pero no para imitar sus métodos en una posición de estancamiento, sino a la «Escuela Moderna» en su sentir vital, llevando a ella el progreso continuo y el rezoamiento incesante.

F. C.

